
Manuel Ulacia

Arabian Knight

a Milos Sovak

Los montes, los olivos,
los campos de verduras en el valle,
los altos muros ocre
del Palacio Real en la medina,
la brisa de la noche,
la voz del moecín, lejana, monótona,
el café de siempre y sus parroquianos...

Sentado en la terraza
del jardín El Haboul, en Meknés,
un muchacho moreno
vestido con una chilaba blanca
después de largo rato,
después de consumir
el té de menta que había ordenado,
se acercó a ti para saber de dónde venías...

Y mientras te contaba
la historia del lugar,
peló un higo maduro
con una navaja que desenvainó de golpe.

El reflejo del farol sobre la hoja
tocó tu rostro: tres gotas de leche
se derramaron por entre sus dedos.

Al ver que lo mirabas, sus pupilas
se dilataron como las de un tigre.

Entonces, partió el higo
—florescencia cargada de semillas
que parecían arder en la bóveda—,
y enseguida, llevó

una de las mitades a tu boca
y la otra, con gesto ágil, a la suya.
Cuánto placer al degustar la fruta.

Cuánto vértigo en el filo de la hora.

La sangre se hizo espesa,
los sentidos se abrieron a otro tiempo.

De pronto, sentiste sobre tu pie
su babucha. Y sin decir palabra,
te fuiste con él por las calles de la medina. ◇